



[www.saberesbolivianos.com](http://www.saberesbolivianos.com)

**Autor:** TORRICO VILLANUEVA ERICK

**Título:** LOS CONFLICTOS EN/DESDE/CON LOS MEDIA EN BOLIVIA

**Año:** 2008

## Los conflictos en/desde/con los *media* en Bolivia

Por Erick R. Torrico Villanueva<sup>1</sup>

Sólo una visión ingenua o interesada de la realidad social puede desconocer la inherencia del conflicto en la vida colectiva o la creciente participación de los medios de información masiva —los *media*— en esa conflictividad.

En la todavía inconclusa evolución de las teorías sobre el conflicto existe un cada vez mayor consenso respecto a la presencia permanente del conflicto en toda sociedad al igual que acerca de la insuficiencia de reducir todas sus causas a una única y exclusiva (por ejemplo la apropiación clasista del excedente en Karl Marx o la distribución desigual de la autoridad en Ralph Dahrendorf).

A su vez, los enfoques comunicacionales más integrales asumen como un hecho que el periodismo, como mediación que es y como producto al mismo tiempo de una serie de otras mediaciones (percepciones, lenguajes, valoraciones, beneficios, coberturas, despliegues, etc.), supone siempre una intervención significativa que va más allá de los anhelos positivistas de la “objetividad”, la “neutralidad” y la “independencia”. Ahora se tiene la certeza de que toda representación mediática de lo real, con lo que implica de construcción de sentidos, es siempre intencional, selectiva y modificadora.

Así, el conflicto no puede ser considerado una anomalía sistémica o un desajuste circunstancial ni hay razón válida para sacralizar la acción periodística en las presuntas asepsia e imparcialidad que algunos suelen atribuirle.

### Democracia conflictiva y medios

No debiera sorprender que, a causa del pluralismo que contiene (o que debe contener), la democracia resulte conflictiva por naturaleza, al margen de la paradoja que la constituye en su forma moderna derivada de la compleja coexistencia que propone entre **libertad e igualdad** (Mouffe, 2003) y que como sucede en estos días en Bolivia lleva a contraponer las nociones de “estado de Derecho” y “gobierno del pueblo”.

De todas maneras, esa tensión capaz de generar continuamente equilibrios distintos es la que caracteriza el régimen político más apto para gestionar el conflicto —la democracia, precisamente—, a diferencia de las pretensiones de anularlo, acallararlo o desviararlo que distinguen más bien a los modos autoritarios.

---

<sup>1</sup> Boliviano. Es coordinador responsable del Observatorio Nacional de Medios. Tiene una maestría en Ciencias Sociales con mención en Análisis Político y otra en Sociedad de la Información y el Conocimiento. Es candidato al doctorado en Ciencias de la Información. Preside la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación.

De ahí que la *conflictividad*, es decir, una situación constante de conflicto, sea propia de una sociedad democrática abierta a la participación ciudadana, lo cual sin embargo, ha de quedar claro, no da cuenta del desarrollo institucional que en ella exista ni de su correspondiente fortaleza.

Si el conflicto es originado por la incompatibilidad de objetivos entre los participantes de una relación social (Entelman, 2005), la vida plural en democracia dará lugar a variados y variables conflictos, de los cuales tendrán más significación para los *media* aquellos de índole política o social (en la información general, en la opinión y el análisis). Los conflictos de carácter individual o familiar, proclives a ser tratados de forma sensacionalista, conciernen más a la información especializada policial, del deporte o el espectáculo.

En la democracia boliviana reciente, iniciada en octubre de 1982 y luego de casi dos décadas de silenciamiento dictatorial, prácticamente no ha habido tregua en la dinámica de los conflictos de efecto público, consecuencia de la vigencia de múltiples desarreglos de orden estructural, de la falta de producción de constitución de lo político en palabras de René Zavaleta (1987): tal es la normalidad última del país. Y los medios no ahorraron tiempos ni espacios para tomar esa conflictividad intensa y extensa como referente básico de sus contenidos noticiosos, al punto de que varios de ellos, sobre todo en la televisión, decidieron además aprovecharse de su ocurrencia para afianzar sus audiencias y consiguientemente sus ingresos por anuncios.

### **Interacciones medios-política**

Sin llegar al extremo de creer que la vida pública es inexistente al margen de los *mass-media* sí es posible convenir en que éstos se han convertido en uno de sus factores centrales, en particular porque conectan el “mundo íntimo” de los individuos y familias con el “mundo exterior” de los procesos sociales (y, privilegiadamente, de aquellos de naturaleza política). Esto se vio enfatizado en Bolivia tras la ya aludida redemocratización y con la emergencia y expansión de la TV privada desde 1984.

A partir de entonces, la trayectoria de la interacción entre medios y política —focalizada en torno a los momentos de conflicto ante todo— ha seguido cuando menos cuatro etapas.

En primer término, los hechos y personajes políticos fueron visibilizados mediáticamente como no había sucedido en el pasado inmediato. Luego, los estudios de la televisión y la radio se erigieron como ámbitos propicios para la realización de la política “en directo”. El tercer paso consistió en que no sólo alguna gente de los medios se enroló en las filas de las organizaciones partidarias para postularse a cargos públicos sino, igualmente, en que determinados medios propiciaron campañas para enfrentarse al poder político a la vez que algunos políticos se insertaron en espacios mediáticos o en el control propietario de periódicos, radioemisoras o televisoras. Hoy, finalmente, los medios están siendo llevados a fungir como portavoces —más propagandistas que informadores— de los

polos identificables en el intrincado antagonismo ideológico, social, regional y cultural que está terminando por recomponer el “empate político” que supuestamente iba a superar la victoria electoral de Evo Morales en diciembre de 2005.

Así, junto a los juegos de escalada de los conflictos registrados en los poco más de cinco lustros de la democracia boliviana los *media* fueron ganando en protagonismo siquiera hasta el año 2002 al mismo tiempo que perdieron en credibilidad. Las polémicas coberturas que los “grandes medios” hicieron de las elecciones de ese año, de las protestas populares de febrero y septiembre-octubre de 2003, de las movilizaciones regionales de junio de 2005 y enero de 2006 al igual que de las elecciones de 2005 alimentaron la tendencia al descrédito que se fue acumulando desde que la gente, a principios del decenio, empezó a advertir que política, negocios y medios (no todos sino los mayores, por supuesto) iban de la mano.

De esa forma, después de haber ascendido notablemente en la apreciación ciudadana durante los años noventa, los *mass-media* registraron un evidente retroceso que en las circunstancias presentes está conduciéndolos a una instrumentalización que afectará aún más su debilitado profesionalismo informativo y la imagen que la ciudadanía tiene al respecto.

### **Papeles y modelos informativos en la conflictividad**

A medida que las fórmulas de la “democracia pactada” (acuerdos pos-electorales para conformar gobierno y repartir cuotas de poder) y de la “democracia de mercado” (primacía del mercado sobre el Estado en las lógicas política y económica) se fueron estableciendo en el país también se hicieron visibles sus resultados más negativos: irrepresentatividad de los representantes electos, mayor concentración de la riqueza, corrupción, despolitización, participación formalista.

El descontento y las críticas se sumaron a las demandas y movilizaciones sociales aumentando la intensidad de los conflictos hacia fines de 1999. No sólo que el uso de recursos para la protesta y la represión se fue incrementando progresivamente, sino que se dio la posibilidad de que los reclamos se articularan hasta hacerse consigna con efectos de poder —como en octubre de 2003— además de que la conflictividad operara tanto sobre temas (“objetos de deseo”) como sobre personas (“adversarios, enemigos”).

Los medios informativos recogieron y procesaron de distintas maneras los hechos ocurridos en ese marco de confrontación y se habituaron, en la práctica, a tenerlos como un componente primordial.

No obstante, pese a convivir con las pugnas desde el retorno de la democracia, los *media* mostraron un bajo nivel profesional de preparación para enfrentar su cobertura y acometer su análisis. El manejo noticioso y opinativo de los sucesos críticos de febrero y septiembre-octubre de 2003, que marcaron el cierre del ciclo de la democracia del ajuste estructural instalada en 1985, proporcionó suficiente evidencia al respecto. Fue patente

entonces que el periodismo boliviano no estaba listo para hacerse cargo de enfrentamientos tan crudos —las fuerzas armadas contra la policía, en un caso; el ejército contra el pueblo inerme, en el otro—, pero fue patético que, al margen de ello, algunos medios usaran descarnadamente la mortal violencia desatada para congraciarse con ciertas audiencias en tanto que otros, más interesados en proteger los intereses del *statu quo*, se desentendieran de lo que ocurría.

De ser **relatores** de conflictos al empezar el período democrático, los medios pasaron a constituirse en uno de sus **escenarios**, en particular durante lapsos electorales o en trances de crisis entre oficialismo y oposición (el caso paradigmático fue la pacificación de la “guerra del agua”, en abril de 2000, alcanzada “en directo” en el estudio de una red televisiva en Cochabamba). Su posterior propulsión a la condición de **actores protagónicos** aconteció ya en los años dos mil, cuando por ejemplo una alianza implícita entre diarios, estaciones de radio y TV impulsó la remoción de un ministro de Estado o cuando otra acción semejante frenó una de las reiteradas elevaciones de dietas auto-decididas por los parlamentarios y también cuando un influyente periódico le dio lecciones de administración estatal a un gobernante o cuando el mismo medio ocasionó un remezón en el escenario electoral nacional con la publicación de unos datos de encuesta inesperados.

Pero ese ascenso de su importancia política fue alejando a los medios de la población y les acercó a la percepción descalificadora que la ciudadanía se había formado del mundo político en general, a lo que se agregó una cierta sanción social que mereció su uso exacerbado de las formas sensacionalistas. Ahí apareció un imprevisto cuarto papel para los *media* en relación a los conflictos, el de **víctimas**, pues distintos sectores de la colectividad comenzaron a expresar su desencanto con el trabajo periodístico no solamente retirándoles su confianza en los estudios de opinión sino incluso con acciones de hecho (insultos, *graffiti* irónicos, agresiones físicas a reporteros, fotógrafos o camarógrafos, impedimentos para el acceso de éstos a algunas fuentes, pedreas a vehículos o instalaciones de canales de TV). Un punto culminante en este tema estuvo representado por la reprensión de Evo Morales en su discurso de investidura presidencial, en enero de 2006, a la conducta discriminatoria o sensacionalista de algunos medios televisivos de que él mismo había sido objeto.

A los roles ya señalados que asumieron los *media* en el contexto de sus coberturas de la conflictividad hay que añadir una mención de los “modelos de información” que utilizaron preferentemente para ello, es decir, de las pautas típicas que guiaron, en los hechos, las formas en que los conflictos fueron convertidos en materia noticiosa, de opinión y eventualmente de interpretación.

En líneas gruesas, esos “modelos” fueron tres: 1.- *el de (in)visibilización*, que supone criterios de inclusión o exclusión de los conflictos en la agenda mediática para hacerlos de conocimiento público o no dejar ninguna memoria al respecto; 2.- *el de (des)legitimación*, que implica una previa visibilización pero se desdobra en al menos dos opciones valorativas contrapuestas: “autorización” respaldatoria o trivialización inhabilitadora; y 3.- *el de azuzamiento*, que incita a una o más de las partes en conflicto a

acrecentar la tensión existente. Salvo en la primera posibilidad, y cuando la labor periodística se limita a la descripción de los hechos, las otras variantes llevan a un inevitable alineamiento de quien informa respecto del objeto/sujeto de la información.

### **El conflicto, factor de *rating***

La traducción informativa de los conflictos, por tanto, sirvió a varios medios para que nutrieran su opción por el *show* en franco distanciamiento del periodismo responsable.

Fueron fundamentalmente las redes televisivas —sin que queden eximidas algunas radioemisoras y publicaciones periódicas— las que compitieron en las situaciones extremas por ofrecer el mayor espectáculo y lograr el mayor público posibles. La dramatización exagerada (y musicalizada), la reiteración abusiva de imágenes o declaraciones impactantes, la confrontación maniquea de posiciones, la telenovelización de los sucesos (fragmentación seriada de un hecho noticioso) fueron, entre otros, los recursos frecuentes a que apelaron los medios para rendir culto celebratorio al conflicto, transformado así en factor de *rating* (porcentaje de audiencia que consigue un programa en una zona dada).

Como uno de sus subproductos, ello trajo una múltiple desfiguración de la actividad periodística: (i) el modelo original del periodismo impreso fue suplantado por el anti-modelo de la TV, (ii) los noticieros perdieron ordenamientos y jerarquías internos, (iii) el espectáculo, la crónica roja y la opinión precipitada se impusieron sobre la información, (iv) la noticia desdibujó sus formas y valores, (v) la información, en negación de su propio sentido, comenzó a producir incertidumbre y (vi) los medios impresos buscaron aproximarse al “estilo” televisual reduciendo sus contenidos y calidad al mínimo.

Ese “enfoque mercadológico” (Pedroso, 2001) contribuyó con creces a que a pesar de la subida en los niveles de audiencia —y, por tanto, de captación de ingresos por concepto de publicidad y propaganda— se derrumbaran la credibilidad, el profesionalismo y el prestigio de los *media* informativos.

La exaltación del anti-modelo televisivo y de su tratamiento de los conflictos es preocupante por esos daños causados al periodismo y a la ciudadanía necesitada de información en general, pero asimismo porque la confusión que ha generado incluso está dejando sin capacidad de respuesta ni iniciativa a los medios escritos, cuna y escuela de la noticia “bien hecha”.

Por ello parece indispensable en este tiempo no sólo trabajar para gestionar los conflictos sociales efectivamente sino, de igual modo, para recuperar el periodismo y sus funciones informativa, analítica y documental en los procesos históricos que marca la conflictividad.

### **Libros y artículos consultados**

BORRAT, Héctor. **El periódico, actor político**. Barcelona. Edit. G. Gili, S.A. 1989.

ENTELMAN, Remo. **Teoría de conflictos**. Barcelona. Gedisa Edit. 2005. 1ª reimp.

MESQUITA, Mário. “*Teorias e práticas do jornalismo. Da era do telégrafo ao tempo do hipertexto*”, en **Revista Brasileira de Ciências da Comunicação**. Vol. XXVIII nº 2. São Paulo. INTERCOM. pp. 11-41.2005.

MOUFFE, Chantal. **La paradoja democrática**. Barcelona. Gedisa Edit. 2003.

PEDROSO, Rosa. “*Elementos para conhecer algumas das condições de construção do discurso jornalístico*”, en **Comunicação & Sociedade**. Nº 36. São Paulo. Universidade Metodista de São Paulo. pp. 33-52. 2001.

ZAVALETA, René (Comp.). **Bolivia, hoy**. México. Siglo XXI Edit. 1987. 2ª edic.